

**N**UNCA podré saber más de este «enamorado». No quiero ni decir su nombre. No quisiera que llegara a los oídos de los suyos, por la razón de que ni los suyos, ni nadie, supieron jamás la profunda humanidad de este «enamorado». Vivía, según me dijo, en una especie de mansión que heredó de sus padres. La mansión, que tiene hermosos jardines, es preciosa. Esta en la Puerta de Hierro de Madrid. Por allí, he pasado algunas veces y no he dejado de mirar las cristalerías de los balcones, que casi dan la vuelta a toda la mansión. ¡Madre mía!, ¿por qué conocería yo al «enamorado»? Ni yo ni nadie podremos creer casi en su historia. Historia viva. Me dijo, una vez que lo encontré en la calle de la Ballesta de Madrid —entre un puterío portadero y esquinero como pocas veces ví en el Barrio Chino de Barcelona— que había salido de ver una obra que habían puesto en el teatro Infanta Isabel y que le aburría tan terriblemente que no pudo quedarse hasta el final y que se había ido a la calle de la Ballesta buscando, no sé bien por qué, ambientes desconocidos, o mejor: seres humanos desconocidos, porque estaba escribiendo una especie de novela o biografía que era su gran ilusión. «¿Una especie de novela o biografía sobre qué?», le pregunté.

Hubo un largo silencio mientras paseábamos viendo el puterío-travestismo. No me quería decir nada. Lo que fuera, lo tenía tan dentro del alma, que parecía mudo. Al fin me dijo que en las calles Malasaña y la Ballesta había visto muchos «travestís» y esto le horrorizaba más que el puterío barato. Siguió diciéndome que le hacía mucha falta saber cómo eran y por qué, toda aquella gente de las degeneradas calles madrileñas. Al contrario, parecía que lo decía por compasión a todos aquellos seres humanos.

Seguimos paseando y me preguntó: «¿Tú quién eres?» Le contesté que ni lo sabía bien, que escribía obras teatrales y di muchas clases en mi vida tanto en Universidades extranjeras como españolas, y que, para mí, serían siempre inolvidable las clases que di tanto en Estados Unidos como en España. El recuerdo de mis estudiantes es inolvidable. En Estados Unidos me enseñaron a saber extraordinariamente bien qué era un soneto de amor de Garcilaso o de Quevedo. Yo se los leía y ellos, los estudiantes, me contestaban de una manera directa y profunda acerca de nuestros grandes poetas, después de su lectura y hasta de su cansancio, porque sé que algunos, antes de entrar a las clases, habían conducido camiones de flores para venderlas y poder vivir.

Paseábamos por más calles madrileñas, ya a altas horas de la noche, y no hablaba aquel «enamorado», tan gran caballero, joven, creo que tendría unos treinta y cinco o cuarenta

## EL ENAMORADO

Por José MARTÍN RECUERDA

años. Sin hablar íbamos pasando por casi todo el ambiente del centro de Madrid y jamás vi más degeneración de seres humanos. «¿Cómo es posible que España esté así?» Me dijo al fin el «enamorado», y le dije: «Quizá, con la libertad socialista, haya mayor corrupción por todas partes. Creo que muchos no entienden, o no quieren entender, esta libertad.» El «enamorado» se paró en una esquina y lo mismo miraba las luces de la calle, que las de las ventanas y balcones de las casas, farolas, focos de autos y... las estrellas. «¿Y tú quién eres?», le pregunté yo. No hablaba. Seguía mirando a las estrellas. Parecía no querer tener conversación conmigo, pero al fin me dijo sin mirarme: «Vivo en la Puerta de Hierro, con mi mujer y mis hijos. Siento esta noche piedad por mí, aunque te parezca raro.» «Mi mujer y mis hijos estarán esperándome, detrás de las cristalerías de mi casa. Las vistas son... magníficas. Se ven muchos pueblos de Madrid y ahora estarán iluminados. Yo, a veces, me quedo mirando horas y horas las luces de todos aquellos pueblos y pienso que quisiera ser amigo de casi todas las personas que viven por allí. Nunca pude conocer bien a nadie. Creo que las personas que conocía se fueron yendo, poco a poco, de mi lado, de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Mis hijos juegan en los jardines de la casa y es un encanto verlos jugar. Mi mujer, a veces, juega con ellos. Cuando vienen a besarme, porque se van al colegio o a dormir, siempre les rehuyo con algún pretexto. Mi cariño por ellos es inimaginable y conforme pasa el tiempo más. A mi mujer tampoco la beso. Me gusta verla dormida y mirarla. Qué cariño tan grande les tengo a todos.»

Yo, como lo veía mirando las estrellas mientras hablaba y como si apenas se diera cuenta de autos, luces, gente y todo lo que nos rodeaba en la Gran Vía de Madrid, fui capaz de reguntarle: «¿En qué trabajas?». El «enamorado», sin dejar de mirar las estrellas, me dijo: «He sido profesor en una Universidad de California. Iba, siempre que podía, a San Francisco. Conocí la ciudad a fondo. Me gustaba, de día, pasear en los tranvías que no dejan de ir repletos de gente, y, por la noche, iba a los teatros y conocía todos los ambientes peores que puedas imaginar. Ríete de todo lo que hemos visto al pasar por las calles de Madrid. De día, casi todas aquellas personas que participan en las infernales y dulces noches de San Francisco, llevan apariencia y vida honrada y laboriosa. Estaba enamorado de la bahía de Sausalito. Me hubiera gustado vivir allí siempre, pero tuve que volver, y ya una vez aquí, quise saber bien qué pasaba en España, cómo eran los políticos y muchas cosas más de la situación actual española. Yo hubiera querido ser político y salvar, en todo lo posible, a tantas personas tan desgraciadas como veo vivir en nuestro país y, destruir a todos aquellos que no saben más que de corrupciones, robos, narcotráficos... Por eso, quisiera dejar mi vida escrita en una especie de biografía. No que-

ría hablarte tanto. Perdona. Quisiera seguir mirando las estrellas, pero tengo el auto en un aparcamiento muy cercano y quisiera que esta noche me durara más que ninguna, ya que quiero llegar a mi casa cuando mis hijos estén muy dormidos y mi mujer casi también, aunque sé que estará esperándome tras las cristalerías que dan al jardín... pero cansada, esperando que llegue, para pedirme el beso que me pidé antes de dormirse y que yo, por el mucho cariño que le tengo, aunque no lo crea nadie, no se lo doy. Quiero con locura a mi familia. Estoy enamorado de mi mujer, como no estuve jamás enamorado de nadie...» Yo le pregunté: «¿Has tenido muchos amores en tu vida?» Él me respondió: «Muchos, pero ahora, cuando casi no puedo, estoy más enamorado que nunca. Tengo que irme...»

Yo, antes de que se fuera le dije: «Dame tu mano.» Me respondió: «Mi mano a nadie», me dijo ya casi bajando las escaleras del aparcamiento donde había metido el coche: «Quizá mañana me vaya de Madrid. Volveré a San Francisco.» Yo seguía preguntándole asombrado: «¿Pero te irás sin tu mujer y tus hijos?» Mientras seguía bajando la escalera, me respondió: «Sí. Mis hijos nunca fueron míos. Los adopté. No quisiera decirle a mi mujer que me voy. No quiero decirle por qué no la besé nunca. ¡Ese beso que tanto espera ella! Sin embargo, me quiere tanto, que sé que me esperará siempre. No quisiera decirle a nadie mi nombre, pero te lo diré a tí, me llamo...» Me dijo el nombre y los apellidos, que callaré para siempre, pero yo, sonriendo, le dije: «Adiós, «enamorado».»

¡Ay, Dios mío! De este ser humano quiero saber mucho más. El «enamorado» murió, meses después, del sida. ¡Madre mía! ¡Aquel que nunca besó a su mujer y que no tuvo hijos con ella! ¡Cuánto me gustaría profundizar en todos aquellos que parece que la vida nunca les importó y murieron y mueren de la misma enfermedad del «enamorado»! ¿Por qué empezaría a vivir con verdadero amor antes de su muerte? ¿Se traicionaba a sí mismo sin saberlo? Cómo me gustaría seguir sabiendo del «enamorado». Sabiendo, claro está, cómo fue su vida antes de su muerte. Intento saber también cómo es esta sociedad decadente y corrupta en la que vivimos; esta sociedad de fin de siglo amenazada —entre tanta suficiencia y modernidad tecnológica— por los ecos de catastrofismo milenarista que nos trae, quizá, la más devastadora e insidiosa plaga que el hombre haya podido conocer: el sida.



J. Martín Recuerda  
Escritor

**ALQUILE  
CON TIEMPO SU  
APARTAMENTO.**

Consulte las páginas de Anuncios  
por palabras

de **ABC**



**¿NECESITA CLASES  
PARTICULARES?**

La Sección de Anuncios  
por Palabras de **ABC**  
se lo resuelve.

